

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER ACCÉSIT

¡Maricón!

Jon Etxalar Lazkanotegi

Solo me falta la máscara de pestañas para acabar el maquillaje. Una vez aplicada, miro el móvil para ver cuánta batería me queda. 78 %, no sé si me durará toda la noche, pero no puedo esperar mucho más. Decido dejarlo cargando mientras me pongo las zapatillas y me termino de arreglar. Me despido de mi madre, que está viendo las noticias. No parece hacerme mucho caso, está demasiado ocupada viendo a un político en la tele. “Mira lo que está diciendo, que un niño debe tener un padre y una madre para poder criarse de manera correcta, menuda gilipollez”, me suelta muy indignada. Me río un poco, me causa ternura ver cómo se enfada por estas cuestiones. Lo cierto es que he tenido mucha suerte de nacer en una familia como la que tengo. Le doy un beso y voy a coger el móvil. “¡Adri! Acuérdate de tirar la basura cuando salgas”, me grita desde la lejanía del salón. “Y pásatelo bien, y cuidado, avísame cuando estés volviendo”. Cierro la puerta y vuelvo a mirar el móvil. 82 % de batería, espero que me dure toda la noche.

Me duele un poco la cabeza, no sé si es por el alcohol o la música. No sé muy bien qué hora es. Miro el móvil, las 4:46 de la mañana, y me queda 13 % de batería. Miro alrededor para encontrar a mis amigas, pero creo que será difícil encontrarlas, a estas horas algunas se habrán ido a casa y otras estarán recogiendo los frutos del ligoteo de las horas previas. De camino a la salida me

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER ACCÉSIT

encuentro con Leire, está liandose con una chica que ha conocido antes, creo que se llama Marta, parecía maja. Le digo que me voy, pero no sé si me ha hecho mucho caso; me río y salgo de la discoteca. El contraste del calor causado por el roce de los cuerpos en el interior de la discoteca con el frío de la madrugada en plena calle hace que se me erize la piel. Me pongo el abrigo y me dispongo a ir a la parada en la que suelo coger el bus que me lleva a casa. Pero justo cuando voy a llegar, me doy cuenta de que es festivo y de que el último bus se habrá ido hace dos horas. Miro la cartera, no tengo dinero para un taxi, así que aprovecho las últimas migajas de batería que le quedan al teléfono para mirar cómo volver a casa andando. No está muy lejos, pero lo cierto es que no me sé muy bien el camino. “Da igual” me digo, “Ya me apañaré”.

Llevo ya un rato andando, y las calles ya me son más familiares. Vuelvo a intentar desenredar los auriculares, como hace un rato, pero no lo consigo. De todas formas, no serviría de nada, pues el móvil no aguantaría encendido más de media canción, y el dolor de cabeza me recuerda además que tal vez lo mejor ahora mismo no sea escuchar algo de música. Así que abandono el intento y sigo andando. Las calles están oscuras, y en lo que voy de trayecto me he cruzado con un par de personas. No sé si lo que siento es miedo, pero la soledad de la calle, acompañada solamente del susurro del viento, me hace estar alerta y controlar todos los rincones del camino por el que transito.

No me queda mucho para llegar a mi calle cuando empiezo a oír pasos, risas. Me giro y veo a un grupo de chicos, no sé cuántos son exactamente, parecen de mi edad. Acelero un poco el paso, para poder llegar a casa cuanto antes. Entonces lo oigo, claro, conciso, y lo siento como un cuchillo que me acaban de

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER ACCÉSIT

clavar en el estómago. “¡Maricón!”, acompañado de un coro de risas y otras variantes del insulto. Decido no hacerles caso y acelerar el paso, tal vez si no les contesto ni les miro, se cansen o se olviden. Pero entonces, cuando ya estoy empezando a notar el cansancio en mis piernas, por ir casi corriendo, vuelvo a oír una voz, esta vez mucho más cerca. “Mira el maricón, si lleva maquillaje en los ojos”, y una vez más el comentario lo sustentan numerosas risas. Una voz diferente vuelve a referirse a mí “Joder, pedazo bujarrón.” Intento alejarme de ellos, acelerando aún más el paso, pero uno de los chicos me agarra del brazo. “¿Qué pasa maricón, tienes prisa?”. “Déjame en paz”, le respondo mientras agito mi brazo para intentar liberarme. En uno de los movimientos que hago para que me suelte le doy sin querer en la cara. No es un golpe demasiado fuerte, pero a él parece bastarle para ponerse hecho una furia. “¿Pero qué coño haces? Puto maricón de mierda”. Me empuja hacia la pared. Intento escapar del grupo como puedo, pero son muchos más. El chico al que le he dado me está gritando algo, pero no puedo concentrarme en sus palabras. Estoy paralizado, no sé qué hacer para salir de aquí, y ni siquiera siento que lo que esté viviendo sea real. Y entonces, un puñetazo me saca de mis pensamientos. Después del primero, viene otro, y otro, y otro. No sé cuánto aguanto sin caerme al suelo, ya no soy consciente de casi nada. Cuando ha pasado un rato, dejo de sentir los golpes y patadas. No estoy seguro de que hayan acabado, pero no soy consciente de nada, la vista se me ha nublado al rato de caerme al suelo. No siento nada, solo me acompaña un extraño sentimiento de culpa, de tremenda tristeza. Entonces todo se vuelve negro, y todo desaparece, hasta la voz que narra mis pensamientos.

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2021

NARRATIVA CASTELLANO 17-18 AÑOS

PRIMER ACCÉSIT

Abro los ojos, lentamente, para descubrir un paisaje desconocido. Al cabo de un rato me doy cuenta de que estoy tumbado en una cama, pero no es la de mi cuarto. Al mirar alrededor me descubro en lo que parece ser una habitación de hospital. La tele está encendida, y creo reconocer al presentador del telediario, por lo que o es mediodía o de noche. “Una vez más, el dirigente del partido ha mencionado la propuesta de ofrecer a los padres la posibilidad de que sus hijos no reciban charlas en clase sobre, por ejemplo, las realidades LGTBI...”. El presentador del informativo sigue hablando, pero ya no le hago demasiado caso. En un sillón veo a mi madre, mirando el móvil. Se da cuenta de que me he despertado y viene a abrazarme y a darme un beso. Empieza a decirme lo mucho que me quiere, que ya estoy bien... No hago mucho caso a sus palabras, todavía estoy un poco aturdido.

Llegamos a casa y voy directo a mi habitación. No dejo de pensar en lo que ha pasado. No soy muy consciente del tiempo que ha pasado desde la paliza, llevo sin ser muy consciente de nada desde que he despertado. Sin embargo, el sentimiento de culpa tras la paliza sigue presente, al contrario que los detalles del suceso, que parecen haberse esfumado. Tumbado en la cama intento pensar en otras cosas, hacer algo para olvidar lo ocurrido. Estoy tremendamente cansado, intento dormir pero no lo consigo, pues cada vez que cierro los ojos vuelve ella, la voz, clara, cercana, como si estuviera justo allí: “¡Maricón!”.